

CORDOBESES ILUSTRES

Obra póstuma del Médico montillano Doctor Solano de Luque y las crisis en Medicina

(POR EL DOCTOR JOSÉ SALAS Y VACA)

Excelentísimos señores e ilustres Académicos, respetables asistentes a este torneo histórico donde no tratamos más dentro de nuestra modestia, que dar honra y prestigio a la tradición, ensalzando justos merecimientos al recordarlos, para que en nosotros vivan historias que envuelven un pretérito más grande sin duda que el presente que nos guía, con la luz de esa antorcha de nuestros antecesores, y que a veces por desgracia la echamos a nuestra espalda, dejando oscuro nuestro camino por proyectarse ante nuestros pasos, las lóbregas tinieblas de nuestra sombra. A todos, y a autoridades tan amables, ofrecemos nuestro reconocimiento por su presencia, que envuelven estímulo y defensa; pues ciertamente Miguel Servet hubiera quedado libre de sus perseguidores, si defensores tan prestigiosos hubieran velado como vosotros por la custodia de la ciencia. (Menéndez Pelayo, Historia de los Heterodoxos. Número 22. Capítulo VI. Miguel Servet).

Honar ilustres cordobeses es nuestra misión en esta semana. ¡Hay tantos prestigios en nuestra capital, orladas de tan heroicos hechos de abnegación en los cordobeses! que no hubiera sido preciso para cumplir nuestro programa, extenderse a la provincia; pero ésto, al estimarse un tanto impropio, fuimos autorizados por la Academia para ocuparnos de este montillano distinguido, y con gran beneplácito por nuestra parte oíamos las pasadas tardes un canto de gloria a otras tradiciones de fuera, cuando el ilustre Académico señor de la Torre y del Cerro hablaba del montillano ilustre santo sin par, San Francisco Solano, como uno de los elementos más valiosos, que intervinieron en la conquista del Perú.

Por ésto hemos querido honrar la memoria de Solano de Luque, que

nacido en Montilla en 10 de Noviembre de 1684, hijo de Rodrigo José de Segovia y de Francisca María de Luque, su mujer, fué bautizado en la parroquia de Santiago, de aquel pueblo, por el regente de entonces don Juan del Arbol, figurando su partida en el asiento número tres, folio 39 del libro 31 de bautismos de aquella Iglesia. Y que sin duda por la preponderancia blasónica de la época, fué apellidado Solano Luque, en atención a la preeminencia del Santo montillano y quizás a la primacia de valor del apellido materno; cosa acostumbrada, pues bastaba con la intervención de un padrino de mérito especial para que se trasladaran los apellidos al apadrinado; no siendo extraño que estas costumbres hicieran que nuestro biografiado, después de cursar sus primeros estudios en 1704 en el Colegio de Jesuitas de Montilla que a la sazón allí existía, apareciese después en 1707 a 1709 a su licenciatura de Médico en la Universidad de Granada, con el nombre de Solano de la Cruz, quizá por la intervención del apellido del padrino, en este acto.

Casado en 1711 con doña Josefa de León Navajas, natural de Rute, con la que tuvo quince hijos, de los que siete de ellos fueron varones, «hecho indicador de las actividades de la época, que eran compatibles con las investigaciones, trabajos y labor de Solano en su profesión de Médico y marido». De estos hijos, dos fueron aplicados a la Medicina y Pedro, nombre que figura en el libro del pulso que criticamos, sobrevivió a Cristóbal, fallecido prematuramente.

Solano falleció a los 54 años en Antequera, en 1738, según consta en el libro número 13 de los muertos en aquella ciudad, en su folio 57, y que figura en la Parroquia de San Sebastián.

En este tiempo, y con sólo veintinueve años de profesión médica, fueron fechas suficientes para destacar sus investigaciones en méritos escritos como son: *Origen morbozo*, *Triunfo de las crisis epidémicas sevillanas*. Y su obra cumbre *Lapis Lydos Apollinis*. Que la juzga como método seguro y el más útil así para conocer, como para curar las enfermedades agudas. Venerada por los antiguos, aunque no practicada, por no ser advertida por los modernos. Obra editada por don José González en el año 1731 en la calle de la Encomienda, de Madrid. Su obra póstuma *Observaciones sobre el pulso*, de 1797, fué editada en Madrid de orden superior en la Imprenta Real, por don Pedro Julián Pereira, impresor de Cámara de S. M. De la edición de este libro figura un ejemplar que nosotros sepamos en la Biblioteca Nacional de Madrid, y existen dos, uno de ellos en la de este Instituto provincial de Segunda Enseñanza, y que con

la obra *Lapis Lydos* forma en la colección que cuidadosamente atiende en aquella Biblioteca el ilustre Catedrático de Literatura don Manuel Camacho, y de éste se obtiene el retrato del autor que ilustra la exposición que hacemos de su obra. Perteneciente al señor García Delgado, Procurador de los Tribunales de Montilla, existe otro ejemplar procedente de la Biblioteca del erudito montillano don Dámaso Delgado López, con la casualidad de que tanto aquél como éste que dedicamos a este Centro, fueron regalados por aquel político honorable, Diputado durante muchas legislaturas por Montilla, don Jerónimo Palma y Reyes. Tal vez se conserve alguna publicación de Solano en la Facultad de Medicina de Granada, de los que sin duda obtuvo el Doctor García Solá, Catedrático de aquella Escuela, los datos para su discurso de apertura del Curso Académico en 1882 a 1883.

Antes de imprimirse esta conferencia y debido a la amabilidad de los doctores don Fermín Garrido y don Juan Nacles Herrera, Catedráticos ambos de la Universidad de Granada, llega a nuestras manos el erudito y documentado discurso de apertura de curso de aquella Universidad, que en 1882 a 83 fué leído por el sabio Catedrático ya fallecido Doctor García Solá, y que trata del sabio montillano de que nos ocupamos.

Aparte del justo elogio que este trabajo merece por sus documentados datos para el estudio biográfico de Solano de Luque, la oración de García Solá, como todas las suyas, encierra el máximun de acierto que preside el genio cumbre de tan distinguido maestro granadino,

Un preámbulo adornado del oportuno recuerdo histórico de la evolución de las ciencias y artes en el primitivo pueblo hebreo, con las dinastías faraónicas de la antigua Grecia, en la que recuerda el arte guerrero de Milciades, Leónidas y Temístocles: el progreso médico con Hipócrates hasta llegar en nuestra Patria al descubrimiento de América, como la más grande de las epopeyas históricas del mundo, y desde luego muy superior a la Reconquista, en la que después de siete siglos de guerra no tenemos aún muy garantidas su firmeza.,.

El arte literario con Marot, Ronzart, Virgilio, Garcilaso de la Vega y demás genios, que pusieron los primeros cimientos de una civilización continuada más tarde en la guerra, ciencias y artes, por Gonzalo de Córdoba, Duque de Alba, Hernán Cortés, Almagro, Pizarro, Alarcón, Moroto, etcétera, etc., hasta llegar a tratar de la figura insigne del Montillano Solano de Luque, al que dedica su meritorio trabajo el Profesor García Solá.

Datos biográficos cuidadosamente recogidos, avalan los nuestros, aunque en algunas fechas, como son las del nacimiento y desposorios de Solano,

hay un año de diferencia con los nuestros, cosa que ya hace notar Ramírez de Arellano en su diccionario biográfico, al mencionar este error, frecuente en los historiadores. Nuestras referencias, tomadas algunas de las partidas originales, se encuentran de acuerdo con las mencionadas por Ramírez de Arellano.

Estudia García Solá a este Médico ilustre, pensando en el tiempo en que desarrolló su meritoria actividad, haciendo un juicioso alarde de severa crítica científica de la doctrina Solaniana, que al pasar las fronteras enriqueció la medicina patria en tiempo en que los profesionales no tenían más recinto que la interpretación de las doctrinas Hipocráticas y Galénicas, de las que Solano supo soltar las ligaduras, quedando un tanto olvidado desde entonces el canon de Avicena, con su arte médico y las teorías de Paracelso, Boerhave, Hoffman, etc., etc.

De la doctrina de Solano de Luque se ocupa también don Francisco García Hernández, Médico del Deán y del Cabildo catedral de Toledo en un interesante libro dedicado al patrono de Valencia San Vicente de Ferrer y editado en Madrid por don Joaquín Ibarra en 1765 en la calle de la Urosas. En éste libro se habla de la utilidad de la sangría con arreglo a la doctrina de Solano de Luque, y este ejemplar a que nos referimos se conserva también en la Biblioteca del Instituto provincial de Córdoba.

En el año 1788 y en el periódico «Memorial literario» de Madrid, se publicaron unos artículos hablando de la vida, doctrina y descubrimientos del Médico Doctor Solano de Luque, según notas de Morte Molina en la Historia de Montilla, editada en 1888.

No dudamos haya otro caso que más puedan valorar los nuestros, afirmando el mérito de Solano; y a este propósito repetimos lo que decía un distinguido Profesor levantino durante la colocación de una primera piedra para un grupo escolar en pueblo de la provincia de Albacete, que a la sazón regenteábamos como Gobernador. Pues aquel ilustre maestro cuando todos los presentes habían fundado el argumento de sus discursos en el axioma de que *la escuela cierra cárceles*, al tocar el turno del suyo afirmó de igual modo esta repetición sin preocuparse de ella más que por la razón de su veracidad, estimando que aunque se repitiera el concepto nada por ello perdería. A los que se ocuparon de Solano y de su obra no les pertubará el que nosotros resucitemos su recuerdo, que nunca es poco si la repetida mención es justa.

En el libro *Lapis Lydos Apollinis*, se nota ya desde su epígrafe el do-

lor de Solano por la falta de buen acogimiento de sus doctrinas, pues un entusiasta y convencido de su obra no se resigna a la indiferencia. La convicción que Solano siente por la verdad descubierta por él, y acariciada en sus prácticas, le hace poner en su defensa la pasión de su vida. Sus conciudadanos profesionales algo se interesan ya, y en aquel tiempo surgen comentaristas, como es el don Francisco García Hernández, antes mencionado. La fama del pulista pasa la frontera, y en el extranjero, como casi siempre ocurrió a los españoles, se comentan sus trabajos, elogiándose la doctrina del humilde práctico, arinconado en un pueblo andaluz, aunque Solano fuese médico honorario de la Real Familia y Catedrático sustituto de la Universidad de Granada, desenvolvía su práctica en la ciudad de Antequera.

La presencia del médico inglés Jacobo Jaime Nihell, que desde Inglaterra viene a España sólo con el propósito de estudiar la doctrina solaniana, le hace practicarla al lado del maestro que lo recibe en Antequera, donde realiza oportunas experiencias de su método y que lo propaga en el Hospital de San Juan de Dios en Cádiz, siendo transportada a Inglaterra, y conocida desde entonces por todos los profesionales de su tiempo. De este aprendizaje saca la síntesis para el interesante preámbulo que se publica en la obra a que nos referimos en su página 4, como resultado de su labor desde el 17 de Septiembre al mismo día de Noviembre de 1737 al lado del maestro.

La circunstancia de haber conocido nosotros familia descendente del Doctor Nihell, don Jaime que hemos visto, su nombre repetido en éstos descendientes a que me refiero, que por lo demás fueron personas distin-



guidas en Cádiz dentro de unas genialidades de carácter que los hacían un poco excéntricos, aunque de una gran preponderancia de imaginación y de inteligencia: Lo que nos hace prejuzgar el valor indiscutible de su antecesor ilustre colaborador del médico Solano.

Muerto Solano en 1738, quedan en poder de su viuda las notas de sus observaciones para este libro que como trofeo de un glorioso pasado de trabajo y abnegación, guarda, y con el legítimo anhelo de que su publicidad sirva para remediar en parte la triste situación económica en que queda una pobre viuda con numerosos y necesitados hijos. Conviene con varios editores la publicación que no se llega a realizar por lo escaso de las ofertas hasta que asesorado Carlos III de la utilidad y mérito de estos trabajos, dá orden para su impresión en la Imprenta real, según tenemos dicho, de este libro: *Observaciones sobre el pulso*.

* * *

Permitidme, señores académicos, lea unos cuantos renglones del prólogo del autor, pues ellos ciertamente expresan la forma comedida y juiciosa de la exposición de esta doctrina y que en estas declaraciones se prejuzga la duda de Solano por la aceptación de sus experiencias.

«Muy señores míos: llamar yo la atención de todos los lectores en este prólogo, fuera exponer esta obra a que unos la menosprecien, otros la maldixesen, y la calumniasen, y muy pocos la aplaudiesen: lo primero en consecuencia de la presunción, lo segundo efecto de la malevolencia, y lo final inseparable del amor a la verdad».

Con ésto es suficiente para juzgar de la modestia y del temor de este ilustre maestro, a que no se apreciara la meritoria justicia de su invento.

Funda Solano sus pronósticos anunciando las crisis, en las circunstancias del pulso, y que como condición fisiológica resulta advertido en cada momento; pero que su reposada observación le lleva a interpretar con acierto sus geniales atisbos «pulsa Solano un enfermo, decía Nihell» y en el dicrotismo encuentra la señal cierta de futura hemorragia de narices. Si observa la bipulsación a las treinta pulsaciones, viene regularmente la hemorragia a los cuatro días, poco más o menos; si a las diez y seis, viene a los tres días; si a las ocho, viene a los dos, o dos y medio días; si a las cuatro, a los tres días: y si a las dos o una, viene la hemorragia dentro de las veinticuatro horas. Establece circunstancias múltiples, dando importancia en el dicrotismo, a la energía del golpe en la bipulsación de la que prejuzga la abundancia de la hemorragia, insistiendo sobre los fenómenos

unilaterales o bilaterales para prejuzgar el lado de la nariz por donde se ha de realizar la evacuación sanguínea.

Los fenómenos de intermisión del pulso los juzga como signo de futura crisis por diarrea, estimando que el gran intervalo entre las pulsaciones denota la cantidad de materia crítica que ha de evacuarse por cursos. Así como también la intermisión, con tensión arterial, es señal cierta de futuros vómitos coincidentes o nó con la diarrea. La intermitencia con molicie de la arteria, es señal cierta de crisis por orina con más o menos excreción intestinal. El pulso incíduo es señal cierta de futura crisis por sudor, y de movimiento al ámbito en general.

Claro es que Solano se previene ante la circunstancia de que las cosas no salieran con arreglo a estos pronósticos; haciendo notar que la naturaleza altera o retarda la crisis fuera del orden referido: y en algún caso como el de la observación segunda de la página 35, explica el cambio en los fenómenos críticos, por las mutaciones humorales que pueden sobrevenir en el enfermo sobre todo, por circunstancias emotivas.

Sin los antecedentes y estudios modernos era capaz este médico según hemos dicho, de prejuzgar lo que hoy mismo es difícil dentro de la abundancia de los métodos objetivos que como los gráficos tanto facilitan. En la época de Solano en el pulso no se veía más que la manifestación de una mecánica hidráulica representada por la impulsión del corazón con traslado de la sangre a través de la cavidad vascular; aprecia sin embargo como hemos visto el dicrotismo del pulso, y en él apoya sus observaciones, y en las circunstancias patológicas del mismo con sus distintas variantes, prejuzga la crisis por sangre, diarrea, orina y sudores con acierto en la mayoría de los casos.

Veán, pues, señores, el mérito de una observación de hace más de dos siglos cuando en la época actual, según vemos dentro de la riqueza de nuestros medios de exploración, tan difícil no es cumplir este cometido de pronóstico; que yó sin ninguna reserva atribuyo a nuestra *falta de fe en todos los sectores de nuestras actividades*.

Recuerdo en este momento y esta disgresión no huelga, la diferencia entre nuestros antiguos cirujanos anatómicos representados en la historia contemporánea por los Creus, Rubio, que sin otros medios y en ambiente perjudicial por ser menos limpio que ahora en la época del reinado de la asepsia, ejecutaban sin mácula y hasta sin mancharse las manos desnudas, toda clase de artísticas intervenciones que, hombres de la ciencia y práctica actual, no han podido superar todavía. No teniendo inconveniente en

hacer lo que Creus practicaba por mucho que fuera su público antes de dar principio a las operaciones, que jamás emprendía sin santiguarse, como poniendo su obra al amparo de designios más superiores, que la habilidad de sus manos (Dr. Decref, Homenaje a Creus). Granada 1928.

* * *

En el pulso, señores academicos, intervienen factores múltiples que justifican la complejidad de sus manifestaciones. Trasladaos conmigo un momento a las disciplinas médicas. Yo os lo suplico en la seguridad de que nada perdereis en ellas, si al contemplar el dolor se despierta vuestra piadosa fraternidad: viendo de cerca la muerte se estimulará vuestra resignación humilde dentro de la doctrina de Cristo. Y si ese adentramiento lo hacéis en el recinto de la *psiquiatría*, iréis ganando en el concepto de disculpa que la humanidad merece ante sus actos irreflexivos y de los procederres injuciosos, que tanto abundan en la vida.

En el pulso, repetimos, intervienen influencias cardíacas, de orden muscular, y vasculares sostenidas por las tónicas contractiles de las arterias y venas. Un sistema nervioso de estimulación a la potencialidad que es el *trísplánico* o de la vida vegetativa, y otro frenador cerebro espinal relacionado íntimamente con nuestra esfera sentimental. Este conjunto se íntegra en el plexo cardíaco mediante ganglios automotores de acción simpática, e inhibitorios en conexión con el gran nervio pneumogástrico. En este complejo intervienen acciones glandulares que, por sus secreciones internas, mucho influyen en el normal funcionamiento del pulso, y lo perturban por los distintos motivos patológicos capaces de alterar el gran aparato circulatorio; tal es el mecanismo del pulso que solo podemos esbozar ligeramente dada la índole de ésta conferencia, ampliando solo un punto especial necesario para la mejor comprensión de estas nociones,

Cualquier motor en acción se destrozaría si su función no estuviese reparada por el necesario engrase en la quietud. El corazón y los vasos necesitan nutrirse; y tienen por tanto que hacer un paro del que nace el ritmo cardíaco y vascular; el *sístole*, es la acción, y el *diástole* alternando ambos entre corazón y vasos, es la parada nutritiva: el sistema nervioso cerebro-espinal se encarga en este momento de detener la acción del simpático para que el músculo cardíaco por sus arterias coronarias y las de las paredes arteriales, den sangre a sus órganos propios. Con estos factores comprenderéis con cuanta complejidad se ha de manifestar el pulso que depende, en síntesis, de acción impulsora, regularidad entre el *sístole* y

diástole, estado de los músculos y su elasticidad; acciones motoras y frenadoras, influencias glandulares, y subordinado todo a una gran pureza orgánica y a la influencia normal de nuestro sistema nervioso. Comprenderéis todos, con cuanta cautela hay que interpretar el pulso y a cuantos errores se haya expuesto su valor semiológico,

Yo os pido, señores, en vista de ésto un poco de piedad para los Médicos: siempre hemos suplicado un átomo siquiera de disculpa para los errores en estas interpretaciones a la cabecera del enfermo que sufre, y que alterado su organismo por la enfermedad, éste está desorientado, confundiendo al médico a veces, víctima del agobio por la presencia de los deudos, ante un cuadro de temor con el que a veces nos sugestionamos formando entre todos dentro de un marco de locura, que en miniatura queda muchas veces el recinto de un manicomio bien poblado de delirantes agitados.

Así nos vimos muchas veces: y recuerdo el caso de un distinguido Ingeniero que en Madrid exigía de nosotros, con desacostumbrada rapidez, la curación de una dolencia diciéndonos, dentro de un impulso disculpable por su estado, *que nada sabíamos en medicina para curar pronto y bien*. «Poco sabemos desde luego, contestábamos», pero dá la casualidad que ese poco en medicina lo conocemos solo los profesionales del intrincamiento biológico, que supone a veces el inútil esfuerzo de defender la vida. Ustedes, señores matemáticos, podeis calcular metódicamente la fuerza necesaria de resistencia en un puente para sufrir los embates de una avenida: pero hecho todo muy estudiado y medido, la primer tormenta fuerte produce a veces la arriada destructora, ¡qué pena sentirán ustedes!

Aquel enfermo curó de sus molestias, pero a los pocos meses de nuestra asistencia, sufrió el contratiempo de ver derrumbarse una obra cumbre de su ciencia, donde había puesto toda la veracidad y exactitud del cálculo matemático.

La última, señores, nadie la cura: ¡si supiéramos cual ha de ser la última! sobraríamos ciertamente todos los profesionales; y a este propósito recuerdo que en pasados tiempos solicitábamos de un alcalde pueblerino su favor para que un médico amigo nuestro, ocupase la titular de su feudo; y al hablarle yo de los méritos del solicitante y de la ventaja que el nombramiento de aquel médico traería a la salud de sus convecinos, procurando con ello convencer a dicha autoridad de que la designación sería mucho más acertada en éste que en su candidato, después de una larga peroración rascándose la cabeza y con la intencionada reticencia de

su probada astucia, nos dijo: «Don José: ese médico que V. recomienda ¿cura la última?, «porque si no es así, para la penúltima bueno es el mío».

* * *

Solano ciertamente no curaba la última, pero hay que admirar en su práctica el acierto de su buena intención por la fe que ponía en sus indagaciones.

El pulso que por su fisiologismo es dícroto, se manifiesta por la impulsión del corazón entrando la oleada sanguínea en la arteria, realizándose esta dilatación en línea recta, en la gráfica, y su descenso en el diástole cardíaco y sístole arterial se produce en dos fases de descenso que integran el dicrotismo que apreciaba Solano por el tacto, dado que entonces faltaban los gráficos que hoy puede obtenerse con la esfigmografía; y si ahora se duda ante una línea que fijó en el papel teñido un aparato de relojería, ¡cuánta sería la dificultad de apreciar por el tacto los caracteres! pues nuestros dedos no solo están pendientes de lo que tocan, sino que también se hayan influídos por el factor emotivo de lo tocado que en ocasiones se enlaza enmarañándolo influencias pasionales, que al quitar conocimiento, anulan funciones y anhelos para convertir en estéril e ineficaces actos que en la vida fueron deseados con insistente demanda.

De todas estas perjudiciales inhibiciones se hayaba libre sin duda Solano a la hora de ver sus enfermos, y por esto durante ellas pudo seguramente valorar ese dicrotismo que tanto menciona en su libro y en el que fundó sus pronósticos; sin dejar por esto de suponer que este gran maestro debió apreciar la aloritmia actual con sus formas paradoxal bigeminada y alternante sin desconocer la arritmia del pulso que tanta importancia tiene hoy, y sin duda se la concedería también el gran pulsista.

En calidad del pulso sentó las bases de la celeridad, tensión, blandura y dureza, plenitud, y vacuidad que en su máxima expresión se caracteriza por el pulso *miuro* de los agonizantes. Ni de las gráficas, ni de la tensión sanguínea que tanto tortura a la moderna medicina, pudo en su tiempo darse las noticias de ahora; y menos mal que así sería para bien de Solano, y para no morir con la duda atormentadora que hoy tienen los presuntos enfermos pletóricos, cuando después del tiempo que se lleva estudiando esta cuestión circulatoria, no estamos de acuerdo si lo importante es la máxima o la mínima tensión; pues parece que ya se han fijado «en la media» en un tiempo que no podemos subir *de la media para arriba*, en virtud de lo deficiente de la circulación actual de la sangre en este siglo que corre.

Solano dedicó su genial intuición al estudio de las enfermedades críticas de carácter infeccioso suponiéndolas determinadas por una materia pecante «gruesa, media y leve» que ya la critica el prologista de su libro. Los procesos tíficos, conocidos entonces con el nombre de sinocales; los maláricos, los recurrentes, los de origen estreptocócicos y pneumocócico, fueron sin duda en los que fundamentaba sus observaciones y que hoy resucitan con todo el esplendor, el valor indiscutible de una medicina justa de observación meditada, en la que entonces no podía atenderse a otra cosa que ayudar a la naturaleza con ajenos medios cuando ella «no pudiera vencer el morbo». Lo demás quedaba al arbitrio divino que se servía de las resistencias no gastadas en organismos vírgenes de todos los procedimientos destructores de la época actual, en la que se emplea la pintoresca y elegante jeringilla de morfina, con el fin de buscar placeres de paraíso, *para acabar más pronto*, mediante una vida cómoda y artificial.

La medicina de Solano de Luque fué noble y generosa atendiendo al enfermo y tranquilizando a la familia con una prudente predicción tan lejos de la de actualidad; que hoy aunque se curen los mismos que entonces porque más en número intentan matarse, era más meritoria la labor de aquella época, aunque la estadística se encuentre a la par desde hace dos siglos largos de las actividades médicas del pulsista.

* * *

Desde el año 1915 al 1931, aparte del advenimiento de la República en España, hemos contemplado hechos que también merecen seria meditación por parte de los profesionales, y por la de los fácilmente sugestionables.

La aparición de un santón, titulado Custodio, en un rincón apartado de la provincia de Jaén, en la Hoya del Salobral, creo término de un pueblecito llamado Frailes, en la zona de Alcalá la Real; y a cuyo paraje fuimos hace tiempo para observar el médium y eficacia de sus milagros. Sería muy complicada la descripción de lo observado; pues en un paraje campestre, realizaba su actuación ciertamente con poca industria, por ser modestas sus exigencias; aunque los industriales eran sus atláteres, que vivían en aquellos campos merced a la concurrencia que buscaba los milagros de Custodio.

Después de un día entero de estudiar sus procederes y de examinar con respeto los ex votos y mandas de los agradecidos a sus consejos, que alternaban pronosticando la curación de un escema infantil con el trata-

miento para el dolor en una mula, y que recetaba un sortilegio en papel de fumar a todos; nuestros acompañantes, personas juiciosas y de sentido crítico, se anticiparon a nuestra opinión, estimando aquello como una *idiotéz en una película movida*; no pudiendo nosotros más que pensar que la imbecilidad se contagia a distancia; pues desde la Línea de la Concepción, con tres días de viaje, venían clientes buscando las curas de Custodio. El acierto de éste, que pudimos reconocer más tarde, se refería a cosas previstas por los que no disfrutamos de la santidad; pues creemos que los que se mueren es porque tienen que morir, y los que viven porque no se ha dispuesto de ellos por la providencia, es cosa sabida entre los humanos, sin ser milagros de santos.

* * *

Los milagros del Cristo de Limpias no eran necesarios a los doctrinarios católicos: una imagen representante de la tradición cristiana que lleva en su cara el sello del dolor y las huellas del sufrimiento, no necesitaba a nuestro juicio para ser más grande, lágrima más o menos que no podía elevarlo a mayor altura que la gloriosa de la redención. Así convino con nosotros un párroco de aquella región santanderina cuando prejuizando que la iglesia no confirmaría las declaraciones expuestas, nos decía con un poco de humano egoísmo, «¡cuánto siento, ya viejo, que esto no lo hubiera visto la gente veinte años antes!».

* * *

De reflejismos comerciales, que borraron su aspecto científico pueden clasificarse las *curaciones por el trigémino*. Nervio de relación con múltiples centros de distintas derivaciones, y al que su choque es capaz de dar reacción favorable en múltiples procesos morbosos, se ha llegado a bastardear matando la gallina de los huevos de oro; y no podían por otra parte transigir los grandes investigadores de la medicina, en que todo el problema terapéutico estuviese vinculado, a que el enfermo le tocaran las narices.

LAS CRISIS

Y llegamos, señores académicos, para terminar a hablaros dos palabras de *Las crisis en medicina*. Y con esto ponemos fin a este discurso de colaboración que no tiene más objeto que añadir una gota de agua a las muchas derramadas ya para honrar una causa, para contribuir al establecimiento de un prestigio que ya supo la naturaleza poner a la altura de

los genios para que no fuese preciso descubrirlos. ¡LAS CRISIS! Si de ellas hubiéramos de hablar, no sería un solo rato el de nuestra disertación, pues está todo en crisis; y si ésta supone la caída de una preeminencia orgánica, el descenso de un pedestal, el arrastramiento de un ideal, todo señores está en crisis durante la época en que vivimos, en la que nada vale, y donde todo, absolutamente todo, es igual en los distintos aspectos de la naturaleza que por muy definidos que fueran en lo antiguo, vivimos hoy en un plan ambiguo, y conste, señores, que no he querido decir anfibio...

Las crisis en las enfermedades las estudió Solano de Luque; y más tarde, cuando de las cenizas de este sabio no quedan más que las esencias letradas de las fragancias de sus geniales flores, surge otra en la actualidad y en 1917 de nuestro siglo, el doctor Velázquez de Castro, Catedrático de la Facultad de Medicina de Granada donde estudió Solano de Luque, presenta al Congreso de la Asociación española para el Congreso de la ciencia, ocho comunicaciones que a nosotros nos tocó el honor de criticar; y donde después de unas nociones de medicina astronómica para las que trae a cuenta las doctrinas del sabio doctor Letamendi, nos expone «el aspecto médico de la vida: el valor de los sentidos: la interpretación del sueño y de la función clorofiliana», y otras teorías más, donde aparece la vigencia de un destello mental que se graba en letras de molde, antes de que se acabe su inteligencia en uno de los manicomios próximos de la capital de España. Así son de ordinarios los genios; y no porque se anule su mentalidad, dejan de serlo. ¡Dios nos libre de los mediocres cuando deliran...!

El Doctor Velázquez de Castro nos habla de la influencia de los astros en las crisis y establece una relación juiciosa entre el día y la noche con los estados de salud y enfermedad, que se encierran en los conceptos de nutrición, dentro de lo normal y patológico pues según Velázquez de Castro, nuestro organismo como gran molécula en la que se realizan los fenómenos de apetencia, saturación y eliminación, se hallan influidos por los cambios cósmicos del día y la noche, del verano e invierno, del plenilunio y nubilunio; por las radiaciones solares y las sedaciones lunares que trae consigo la existencia de vulgares predicciones con atisbos de certidumbre casi siempre. Nada más interesante que la crisis de gota que se alivia cuando el gallo canta; la depresión de temperatura que normal y patológicamente se suceden por la mañana, hora que con gran frecuencia se producen las crisis, como si éstas coincidieran con choques eléctricos relacio-

nados con los movimientos de los astros; y a las que a veces se subordinan los fenómenos de inquietud, insomnio, neuralgias, etc., que hacen del organismo un molesto barómetro, cuando por edad y desgaste, se polariza más a las influencias externas que a sus necesidades de íntima nutrición, que es donde se gastan mejor las actividades bioquímicas y sensibles en los primeros tiempos de la vida.

Interpretemos, señores académicos, todas estas funciones y cambios en los conceptos que se nos dieron y que no fueron infalibles; aceptando una tradición que Solano nos legó por su valor justo, pendiente de una revisión que ya el tiempo se encargó de hacer sin menoscabo de su mérito. Observemos la naturaleza en todos sus aspectos que es la fuente más fructífera de enseñanza; pues más se aprende a veces contemplando un pájaro entretenido en la construcción de su nido, a un perro ladrándole a la luna y a otro animal amamantando y defendiendo sus crías, que con muchos discursos académicos adornados de un decorado artificioso, y abrigados con charoladas camisas bajo un frac de corte irreprochable, que a veces no se pagó su confección...

Creo, distinguidos oyentes, que debo terminar rindiendo un tributo a la distinguida dama que se molestó en colaborar con su presencia a este torneo histórico. Sólo quiero que conste en la Biblioteca de esta Academia el libro del Pulsista, del que hago gustosa donación; y al hablar de este montillano ilustre como lo hice, no quiero dejar de que unido a él, quede el recuerdo del llamado don Antonio de Pablo Fernández Solano, EL SABIO ANDALUZ, que nacido en aquel pueblo en 22 de Marzo de 1744 y después de una vida de meritorios trabajos honrosas empresas, y abnegadas misiones en relación con su genio cumbre, murió en aquel pueblo de mis amores, en 1823 a los 79 años de edad, y siendo motivo de gran homenaje, el traslado de sus restos desde el Cementerio de la Vera-Cruz al nuevo de San Francisco Solano, según expediente que figura en el archivo del Ayuntamiento de Montilla, y en cuyo acto cantó sus méritos en notable discurso que fué leído el 14 de Julio de 1914 por nuestro tío don Francisco Salas Arjona, Médico prestigioso de Montilla, fallecido ya hace tiempo.

En los archivos del distinguido biógrafo don Dámaso Delgado López, figura un discurso del sobrino del sabio andaluz, el presbítero don Alejandro de Palma, discípulo de Fernández Solano, que fué leído en Córdoba en 1831, para enaltecer los méritos de este ilustre montillano.

He terminado, distinguidos señores, y como con mi conferencia no me

propuse valorar más que una faceta de montillanos ilustres, no puede tomárase en consideración el no mencionar las grandes virtudes de San Francisco Solano, que dejó su estela para la invocación de los montillanos, y su nombre y apellido, en nuda propiedad, para todos los de aquella tierra.

El gran capitán (1), que llenó el mundo de gloriosas conquistas: los Alvear, los Núñez de Prado y los Aguilar, y demás ilustres personas que llenan la tradición de aquel pueblo sosteniendo su grandeza, y que ya quisiéramos copiar en la actualidad los que hemos tenido la suerte de sobrevivirlos.

Y el que dedicó toda su actividad a esperar el oportuno vivir en sus lares de nacimiento, afanoso de que la tierra en que nació le recoja cariñosamente en el momento de su muerte, os dice que por ser cordobés y montillano, quiere rendir este tributo a su pequeña patria, y parodiando un cantar andaluz termina afirmando que:

Tres cosas tengo metidas
dentro de mi corazón,
que las tendré «toa» mi «vida»:
Córdoba su tradición,
y mi Montilla querida.

HE DICHO.



(1) Muy discutido su nacimiento, aunque parece probado su origen cordobés, según la carta que parcialmente insertamos, debida a la amabilidad del Académico don Antonio Sarazá, que ha podido recoger los datos de su origen.

El Gran Capitán, en una carta escrita el 3 de Marzo de 1504, para recomendar al Ayuntamiento de Córdoba Próspero Colono, Duque de Trajecto, que venía a España. La carta dice así:

«A los muy magníficos Señores, los Señores del Regimiento de la M. N. ciudad de Córdoba. (Muy magníficos señores). Hallándome hijo de esa muy noble patria de donde mi origen y naturaleza proceden, siendo muy cierto servidor de toda la nobleza de ella...»